

AMERICA LATINA Y EL CARIBE

PRÁCTICAS RELIGIOSAS Y MÁGICAS DE LOS GRUPOS NEGROS EN LA CARTAGENA COLONIAL

Ma. Cristina Navarrete

La reflexión con respecto de las creaciones culturales de los grupos negros, particularmente, la religión, durante el período colonial, ha sido sólo tangencialmente estudiada.

El presente texto tiene como objetivo exponer los resultados de un estudio investigativo cuyo propósito consistió en analizar e interpretar algunas prácticas de tipo religioso y mágico de negros y mulatos, las cuales se constituyeron en formas de organización social, de reafirmación de la identidad y expresiones mediadoras en las relaciones con los grupos de la clase

de la ciudad de Cartagena del siglo XVII

Una de las causas de la carencia de este tipo de investigaciones radica en la inexistencia de fuentes primarias específicas que se refieran al tema de la religión de los grupos negros con objetividad. La mayor parte de los documentos que la abordan lo hacen para exaltar el carácter de idolatría de los ritos y para desvalorizar las creencias “paganas”, es decir, ya han sido interpretados.

Si bien este trabajo puso el acento en los procesos inquisitoriales seguidos a negros y mulatos por el Tribunal de Cartagena,¹ estos documentos adolecen de la anterior problemática.

¹ Estos documentos reposan en el Archivo Histórico Nacional de Madrid.

Dada la riqueza de información de este tipo de documentación en cuanto a las formas de pensar y la ideología de una época, tratárase de europeos, africanos o de los grupos criollos, fue necesario abordarlos haciendo de ellos una reinterpretación crítica que señalara la ideología dominante de la época y permitiera decantar la esencia de los hechos y las creencias de los grupos negros en Cartagena y su área de influencia inmediata.

Consideraciones iniciales

En el estudio de las prácticas religiosas y mágicas, fundamento de esta investigación, se aborda el análisis de las raíces religiosas, europeas y africanas, las cuales mediante un proceso de sincretismo produjeron manifestaciones diversas, como algunos rituales de sentido religioso, la adivinación, la hechicería, las fiestas de carnaval y las ceremonias de difuntos.

Otros intereses fueron: dar respuesta a la hipótesis de si es posible explicar la “brujería” de los grupos negros como una forma mediadora de religiosidad, teniendo en cuenta las condiciones históricas del momento, además, interpretar el sentido que dieron los negros a este ritual como una posible expresión de sincretismo religioso y mágico, analizar las organizaciones de “brujos” como prácticas sociales de mediación y destacar algunos de sus protagonistas como arquetipos que alternaban socialmente, sintetizaban y ponían en circulación actitudes mentales, comportamientos y visiones del mundo, entre la gente de la élite blanca y los grupos negros y sus descendientes.

A raíz de la trata negrera, los negros y mulatos se constituyeron en actores sociales importantes que ayudaron a definir las formas de organización e identidad de la Provincia de Cartagena y su zona de influencia, la cual se extendía hasta los territorios mineros en los límites de la provincia de Antioquia y que constituyó el ámbito espacial de este estudio.

Contrario a la visión de algunos autores, Cartagena no fue una ciudad idílica y apasible, sino un lugar sujeto a presiones de todo tipo y permanentemente en la mira de piratas, corsarios y esclavos cimarrones. La época de llegada de los barcos se convertía no sólo en tiempo de feria sino de tensión y de crimen.

Guardando las proporciones, esta ciudad era como La Habana del período colonial español, un lugar de conflictivas relaciones. Diana Iznaga dice que

en La Habana los amancebamientos entre indias y negras con españoles eran frecuentes. La estancia de las flotas le ganó la fama de ser uno de los puertos de mayor corrupción de la época. Como todo puerto marítimo muy frecuentado era famosa por sus diversiones y libertinaje. Con la llegada de la flota todas las casas se convertían en hospedaje. Los hombres de mar, las esclavas prostituidas por sus amos y los negros bullangueros ayudaban a constituir este ambiente. Había bailes, juegos de naipes, cuchilladas y robos. Durante la presencia de las flotas los vecinos elevaban los precios de las mercaderías de la tierra y los productos alimentarios.²

Igualmente, en Cartagena la temporada en que permanecía la flota en tierra era de riñas y pendencias; en las casas de los armadores, de muchos vecinos y hasta de negros y mulatos pasaba gente que iba y venía; paisanos, cuyo oficio nada tenía que ver con la mar, participaban en este ajetreo llevando y trayendo personas y mercaderías en canoas desde el puerto hasta los barcos de la armada.

Si la llegada de la flota causaba conmoción en la ciudad era mayor si coincidía con la arribada de barcos negreros; el puerto adquiría una agitación inusitada. Estos acontecimientos la convertían en una metrópoli en donde el intercambio de ideas y de dinero se mezclaba con el juego y la prostitución. La abundancia económica evidenciada en numerosas transacciones se confundía con la precariedad de alimentos y la escasez de hospedaje.

La posición de Cartagena como puerto negrero y estación de la armada, cabeza de gobernación y asiento del Tribunal de la Inquisición imprimió a la ciudad y a la región en donde estaba inscrita, unas características particulares. A ésta confluyeron ideas y personas de la más variada índole, condición social y tradición cultural. Diferentes grupos africanos, españoles y portugueses de alta y baja esfera, gente del Caribe y del interior del Nuevo Reino fueron construyendo el legado cultural de la región y en particular la cosmovisión de negros y mulatos que recogieron los aportes más diversos.

En la edificación de este legado ocupó un lugar destacado la presencia de negros africanos, siendo preciso destacar dos aspectos: primero, la inmensa variedad cultural que portaban los esclavos traídos a la región debido a la multiplicidad de sus orígenes y, segundo, el reconocimiento de las expresiones

² Iznaga, Diana. En el prólogo del libro de Fernando Ortiz. *Los negros curros*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986, pp. XXIV-XXV.

culturales negras, en suelo americano, como producciones originales, fruto de su potencial creador, pese al valor innegable de las raíces culturales africanas.

Generalmente se tiene la tendencia a asegurar que las expresiones culturales de los negros en territorio americano están cubiertas de huellas de africanía sin presentar la suficiente demostración documental ni explicar la suficiente argumentación interpretativa. También, se suele dar por sentado la presencia de elementos africanos sin precisar el proceso histórico que acompaña la cultura o probar sus relaciones históricas con manifestaciones ideológicas o de pensamiento de la época. Contrario a lo anterior, el presente estudio se propone analizar las raíces religiosas, europeas y africanas para, determinar qué elementos produjeron ciertas manifestaciones, que en el Nuevo Mundo adquirieron un nuevo sentido pero conservaron aspectos esenciales de sus raíces mediante un proceso de sincretismo. Estos elementos estuvieron vigente en expresiones tales como la brujería, entendida como práctica mediadora de religiosidad, la adivinación, la hechicería, los carnavales y las ceremonias de difuntos en el siglo XVII, en la provincia de Cartagena y su zona de influencia.

La adivinación, la hechicería y otras prácticas rituales

Estudiar la adivinación y la hechicería significa adentrarse en el pensamiento mágico del hombre el cual es imposible de escindir de su pensamiento religioso.

La magia y la religión tienen parcialmente un origen común, pero difieren en los medios que utilizan. La religión no tiende a dominar fuerzas sobrenaturales, invoca el favor de los espíritus divinos por medio de actos piadosos y plegarias sin que la voluntad y decisión de los dioses sea comprometida; la magia representa los esfuerzos hechos en un cierto estado de ánimo para lograr la realización de un deseo.³

En sociedades con graves confrontaciones y duras condiciones de vida como las esclavistas del siglo XVII, los negros buscaron ayuda inmaterial en

³ Castiglioni, Arturo. *Encantamiento y magia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, p. 8.

lo religioso y ayuda personal a través de los hechiceros, adivinos y sortilegos a quienes acudían en busca de alivio a sus necesidades.

La credulidad popular, el ambiente mágico y las calamidades que acosaban a la población negra y de castas favorecieron la prosperidad de la magia. Esta proliferaba a pesar de las duras amenazas eclesiales y de las sanciones del Tribunal de la Inquisición.

Una de las expresiones mágicas frecuentemente practicada por negros y mulatos fue la lectura de las suertes y la adivinación del futuro. Fue, también, común el uso de oraciones acompañando los amuletos, conjuros y remedios.

Desde los primeros tiempos los cristianos utilizaron los evangelios para leer la suerte y adivinar el futuro, abrían al azar el evangelio y basándose en el primer versículo sacaban conclusiones; esta práctica y la de usar instrumentos para “echar las suertes” se prolongaron por mucho tiempo. Los evangelios, las oraciones, las imágenes, piedras, varillas y semillas sirvieron para detectar señales que podían ser leídas e interpretadas con la intención de adivinar el futuro.

En Cartagena y su provincia eran famosas la suerte del agua, la suerte del pan, la del rosario, la del cedazo; pero, particularmente, la suerte de las habas.

Fernando Ortiz, en su libro *Los negros brujos*, hace mención de un grupo de musulmanes que tenía como práctica el uso de dieciséis habas para adivinar el destino e identificó en las prácticas de los “brujos” o agoreros del culto yoruba cubano, procedimientos adivinatorios parecidos como el uso de collares que arrojados desde lo alto predecían el futuro de acuerdo con la posición de las semillas. Esta práctica guardaba relación con el collar de Ifá que tenía dieciséis medias semillas; el número se debía, probablemente, a que este oricha había sembrado una semilla y de ésta habían nacido dieciséis palmeras y con los dieciséis frutos que produjo alcanzó el poder para adivinar.⁴

En este caso particular como en otros, las prácticas mágicas africanas y europeas eran muy similares; aunque sería muy aventurado hablar de influencias recíprocas, puede proponerse que la semejanza de estas prácticas unida a una actitud común de predisposición hacia lo mágico hicieron posible

⁴ Ortiz, Fernando. *Los negros brujos*. Miami, Ediciones Universal, 1973, p. 109. En el candomblé de los negros del Brasil subsiste un sistema parecido de preguntar al destino, consiste en tirar dieciséis caracoles y según las formas que diseñen se interpretan sus respuestas.

las identificaciones y facilitaron su absorción por los grupos negros y sus castas.

Al respecto, la interpretación de don Fernando Ortiz sobre la proximidad de las condiciones “psíquicas” de los grupos blancos con las condiciones “psíquicas” de los negros africanos ayuda a explicar comportamientos fuente de la magia.⁵ Esta cercanía facilitó la comunión de ideas, supersticiones y prejuicios entre ambos grupos y no sólo entre las clases inferiores sino también con las superiores que con frecuencia acudían a hechiceros y adivinos por consejo y ayuda.

Debido a las malas condiciones sanitarias y de salubridad y a la poca efectividad de la medicina española, que además no alcanzaba a cubrir las necesidades de la población negra, los negros y sus castas y los mismos dueños de esclavos recurrieron a los curanderos-hechiceros para solucionar los problemas de salud.

Para las autoridades eclesiásticas los hechiceros eran considerados enemigos de la religión y agentes del culto al diablo, de allí la cacería que contra ellos desató la Inquisición.

El negro africano, trasladado a América, además de ser conocedor empírico del arte de curar, era portador de una tradición mágica en lo referente a la salud y a la enfermedad. Estas supervivencias africanas fueron reforzadas con ideas procedentes de la cultura popular europea y en menor escala con la medicina indígena con las cuales guardaba semejanzas, gracias a la tradición mágica que las caracterizaba. La hechicería benéfica y maléfica, también era conocida y practicada por los españoles.

Para el hombre africano y sus descendientes inmediatos americanos la muerte se concebía no como el fin de la vida, sino la suprema iniciación, el comienzo de una nueva existencia espiritual.

Los negros de la provincia de Cartagena llamaban lloros a los velorios que celebraban a la muerte de uno de los suyos. Consistían en reuniones abiertas al pueblo para agasajar al difunto con baile, comida y bebida en abundancia. Se bailaba alrededor del difunto durante toda la noche acompañados con el tañido de tambores. Igualmente, las religiones del África occidental creían en el renacer no con sufrimiento sino con celebración de la existencia.

Los lloros solían confundirse con ceremonias de brujos y ritos de idolatría

⁵ *Ibid*, pp. 174-175.

al demonio. Las autoridades civiles y eclesiásticas mantenían vigilancia de los funerales como parte del control ideológico ejercido sobre las expresiones religiosas practicadas por los negros.

La brujería de los grupos negros, mediadora de religiosidad

La historia de la brujería ha estado unida a la dificultad del hombre para determinar la realidad física o imaginaria de su existencia; es un campo en el que lo real y lo imaginario parecen interferirse, donde la realidad exterior y el mundo de representaciones y deseos del hombre se confunden.⁶

El lenguaje explícito de los documentos inquisitoriales de Cartagena y la descripción del ritual de brujería corresponden a la tradición medieval europea, sin embargo, la lectura simbólica de la documentación posibilita interpretar la brujería, ante todo, como mediadora de la expresión del sentimiento religioso de los grupos negros.

El negro al llegar a América perdió el sentido de la relación de lo religioso con la cultura y con las formas de organización social de donde era originario. En el desajuste sufrido por sus propias creencias perdió, igualmente, el sentido de totalidad de la religión y sus partes esenciales se descompusieron y fragmentaron. Necesitó de un proceso para reestructurar concepciones en un todo coherente.

Desde el momento en que los africanos arribaron a suelo americano perdieron las bases sociales de su vida religiosa comunal y la religión se desintegró como sistema de creencias. Igualmente, en el momento de su llegada no pudieron evitar el absorber, aunque en forma parcial, la religión de sus amos esclavistas. Las condiciones de su nueva vida social, los obligó a combinar su herencia africana con el poder dominante y a dar forma a una religiosidad propia y original.

Las congregaciones de “brujos” permitieron a los negros ajustar ciertos elementos de esencia religiosa en un todo no muy coherente, en el que se perdió lo fundamental de las creencias y se remitió al mundo de lo mágico, donde primó más la forma y el ritual que la concepción religiosa.

⁶ Baroja, Julio Caro. *Las brujas y su mundo*. Madrid, Alianza Editorial, 1968, pp. 34, 85.

Desafortunadamente, no puede hablarse, en Cartagena y su zona de influencia, de un sistema de creencias estructuradas como el que se produjo en Brasil, Cuba, Haití y otros lugares, pero sí es posible proponer que la “brujería” del siglo XVII, practicada por negros, mulatos y otras castas, en la región estudiada, ejemplificó el intento mediador de estos grupos por recomponer y construir nuevas expresiones de religiosidad.

Una de las razones por las cuales no se desarrolló una religión consistente en esta zona se debió a que el arribo de africanos se interrumpió con anterioridad al de Brasil y el Caribe, dificultando la continuidad en las formas de pensamiento y las prácticas rituales. Asimismo, los esclavos recién llegados a Cartagena eran trasladados con premura a otros espacios, situación que obstaculizó el establecimiento de fuertes lazos de comunidad. Por otra parte, tampoco llegó a la región un contingente significativo de una de las naciones africanas, es decir, de una religión mayoritaria; además, los esclavos de la provincia de Cartagena eran, básicamente, domésticos o de estancias y los de la zona aurífera limítrofe, fundamentalmente, mineros y estos medios no propiciaron el desarrollo de una religión propiamente dicha. Es importante tener en cuenta que las religiones afrocubanas y afrobrasileñas fueron fenómenos tardíos (siglo XIX) y de carácter eminentemente urbano.

Cartagena fue sin duda un lugar de encuentros culturales, inclusive, en prácticas como la brujería, el contenido de ésta era europeo, pero, se había nutrido en su paso por las islas Canarias y las del Caribe, de otras nociones que la transformaron y enriquecieron.

Paula de Eguiluz, uno de los personajes más significativos de la sociedad cartagenera, de la primera mitad del siglo XVII, ejemplifica bien este proceso de sincretismo cultural. Paula había nacido en Santo Domingo de padres africanos de origen quienes dejaron en ella el legado de elementos bantúes y de la costa de Guinea, parte de su infancia la pasó en un convento de religiosas. Permaneció otra parte de su vida en Puerto Rico como esclava hasta cuando fue trasladada a Cuba al ser vendida a nuevos amos.⁷

Respecto a la real existencia de las reuniones de brujas, a las que asistían negras y mulatas, es muy probable que muchas de éstas fueran ilusiones; sin

⁷ En esta isla se consolidó como practicante de brujería y hechicería y convivió con elementos indígenas hasta caer en manos del Santo Oficio, según consta en sus documentos, que la obligó a trasladarse a Cartagena en donde se estableció definitivamente. En esta ciudad continuó ejerciendo como maestra y madrina de brujas blancas y negras.

embargo, es factible pensar que estas reuniones se realizaran pero con propósitos diferentes a los de culto satánico.

Esta diversidad de asambleas correspondería más vale a los lloros organizados por la gente de castas a la muerte de negros importantes, a las famosas fiestas de carnestolendas en las que los negros tenían participación significativa y a reuniones de jolgorio para divertirse, generalmente, nocturnas y por fuerza clandestinas, en donde se congregaban conocidos y amigos de la gente de castas y los grupos bajos.

El origen de la brujería europea ha sido interpretado por algunos historiadores, entre ellos Mircea Eliade, desde posibles relaciones con creencias y rituales precristianos.⁸ Esto llevaría a explicar el origen de la brujería como una práctica de un cierto carácter religioso arcaico, lo cual permite identificar en ella un sustrato religioso y posibilita conjeturar que grupos humanos como los africanos y sus primeros descendientes criollos, al entrar en contacto con ésta, en territorios del Nuevo Mundo, a pesar de ser históricamente ajenos a su desarrollo pudieron haber percibido este contenido sacro y haber aprovechado el ceremonial de los brujos como un mediador de expresión a su sentimiento religioso.

Podría establecerse como una interpretación posible que los grupos negros ante el desmoronamiento de su mundo religioso, debido a la esclavitud y al consiguiente desarraigo de contextos originales, iniciaron un proceso de acomodamiento sincrético.

Si bien este fenómeno fue de carácter general en diversos espacios del continente americano, en la provincia de Cartagena y su zona de influencia, se realizaría, en primera instancia, en el encuentro de las raíces religiosas africanas con la brujería medieval europea, asumida ésta como expresión de religiosidad popular y en menor instancia con el cristianismo institucional.

Existían elementos del ritual de las brujas que permiten explicar que este culto facilitó el sincretismo con expresiones procedentes de las religiones de Africa occidental. Algunos elementos posibilitaron analogías con los contenidos rituales africanos, por ejemplo: el macho cabrío era un símbolo sagrado entre los popoes y lucumíes, en el vudú del Dahomey, la religión yoruba y el culto ñáñigo cubano; la danza y el acompañamiento de tambores eran parte del

⁸ Eliade, Mircea. *Occultism witchcraft and cultural fashions, essays in comparative religions*. Chicago, University of Chicago Press, 1976, pp. 69-70.

ceremonial sagrado de las religiones del Africa occidental, al igual que en las reuniones de brujas y las ofrendas en honor a los ancestros pudieron coincidir con la cena ritual de los participantes en los aquelarres de brujos.

Asimismo, el ritual de brujería se celebraba, al igual que en los cultos africanos, en espacios singulares. El arcabuco y las ciénagas, como en los cultos afrobrasileños tempranos, eran lugares impenetrables para garantizar la protección y la clandestinidad del rito. También, el vudú de los fon se celebraba de noche y en emplazamientos inaccesibles para personas ajenas al culto.

Otros espacios de rito utilizados por los brujos de la región eran las sabanas, alrededor de un gran árbol, ésta podría derivarse de la costumbre yoruba y de otros pueblos de Africa occidental de celebrar cultos alrededor del baobab o de grandes árboles.

La práctica de la brujería como tal, al menos la de los negros de la zona minera, no puede ser considerada como brujería europea. Esta fue la interpretación del Tribunal de la Inquisición ante la incapacidad de explicar la extrañeza de los rituales de origen africano ¿Cómo podría afirmarse, si para las declaraciones y confesiones de los negros el Tribunal tenía que asistirse de intérpretes?

En cuanto al fenómeno histórico de las brujas de Tolú y Cartagena, el contacto con la brujería europea pudo haberse dado con mayor intensidad; sin embargo, el sentido de esta práctica tenía funciones diferentes: religiosas, de congregación social, lúdicas y de reafirmación de la identidad.

La permisividad de comunicación de que gozaban las brujas en las cárceles del Tribunal hizo que su lenguaje fuera cada vez más cercano al sentido de brujería europea. Los inquisidores argumentaban que al ser reas de un mismo delito podían tener algún contacto; es así como mientras permanecían en las cárceles podían elaborar un código común que les permitiera comprender el lenguaje de la brujería; lo hicieron quizás, impulsadas por la necesidad de llegar a acuerdos en las declaraciones tratando de buscar explicaciones concordantes con aquellas que esperaba oír el Tribunal y que aminorarían la severidad del juicio y la sentencia final. En este proceso de comunicación aprendieron y perfeccionaron el conocimiento del ritual de los brujos y terminaron acercándose a su creencia como resultado de un proceso de autoconvencimiento realizado por la fuerza.

La brujería como práctica social de mediación

La brujería practicada por los negros y mulatos en el siglo XVII, a la par de ser entendida como expresión de sentimiento religioso, puede comprenderse como una práctica social de mediación que sirvió de puente entre el mundo de los españoles y los grupos altos y los miembros del grupo de las castas. En este contexto ocuparon lugar destacado Paula de Eguiluz, una negra maestra de brujas blancas y Diego López, mulato cirujano. Estos personajes singulares caracterizaron este poder de mediación al alternar con relativa facilidad en actividades sociales de los dos mundos. Estos “mestizos” resultado de las relaciones entre los dos grupos pusieron en circulación formas de vida, de pensamiento y construyeron una subjetividad diferente en la vida colonial del siglo XVII.

Si bien el término mestizaje corresponde a la antropología, podría usarse para expresar conceptualmente las formas de razonamiento procedentes de diferentes mundos culturales. Los personajes que lo representan se caracterizan por el juego múltiple que establecen y por la facilidad de actuación y paso entre estos esquemas de pensamiento social.

La Inquisición de Cartagena de Indias actuó con preferencia sobre el sexo femenino y con particular rigurosidad contra las “brujas” de castas. Aunque algunos testimonios revelan la presencia de hombres en las reuniones de brujería, la Inquisición sólo procedió contra el mulato Diego López. Era evidente, reunía todos los indicativos para ser catalogado como altamente sospechoso: mulato, versado en remedios para enfermedades físicas y anímicas, alfabeto, amigo de judíos y relacionado con el bajo mundo.

Diego leía las fórmulas de los medicamentos, pero también los libros sospechosos; llevaba apuntes de las conversaciones que sostenía con amigos de gran saber. Mantenía relaciones amistosas con Martín Sánchez, otro cirujano, licenciado como él quien le aconsejaba llevar dos “cartapacios”, uno para escribir poesías y otro, para tomar notas sobre la doctrina de Arrio y así disimular ante la Inquisición.

Atrapado entre dos mundos, el racional y el mágico, el españolizante y el de castas, se encontraba en un punto de difícil equilibrio que lo hizo vulnerable al señalamiento inquisitorial y social. Diego resumía bien los elementos de la cosmovisión que caracterizaron el mestizaje entre la cultura médica institucionalizada y la mágica popular.

Los miembros de las sociedades de brujos formaron una especie de familia espiritual que ofreció el sentido de pertenencia que negros y mulatos no encontraron en la sociedad mayor. Podría decirse que los lazos de sangre fueron remplazados por los lazos de filiación a la comunidad de los brujos, asimismo, por medio de estas congregaciones sus miembros preservaron el carácter comunitario.

Muchos negros y mulatos se refugiaron en la “brujería” apoyados en el significado de liberación que le asignaron; esta forma de organización social les garantizaba la realización como sujetos sociales dentro de una expresión alternativa de orden social, a la vista de las instituciones civiles y eclesiásticas, altamente subversiva, por ello fue perseguida y castigada.

El ritual, la música, la danza, la orgía de las juntas de brujos y brujas fueron expresiones de escape y desahogo a los rigores de la esclavitud y formas de manifestar oposición a las prácticas legítimas por la institucionalidad religiosa y social.

Estas reuniones tenían, además, entre sus funciones la de proveer esparcimiento y diversión a sus miembros, guardaban un contenido lúdico, negros y mulatos, hombres y mujeres asistían atraídos por la fiesta, el banquete, la danza, la música, la diversión, el encuentro de amigos y la libertad en la expresión sexual.

Consideraciones finales

La intención de este estudio centrado en la idea de re-crear las prácticas religiosas y mágicas de los negros y mulatos del siglo XVII, en una región de las provincias del Nuevo Reino, permitió la oportunidad de adentrarse en el ámbito cotidiano, en el mundo mágico y sagrado, en los conflictos internos, en los espacios y tiempos de relación social de los sectores de castas, protagonistas importantes de la historia colonial.

La ciudad de Cartagena fue la puerta de entrada al continente de todo un conglomerado de personajes que reunió a los más insignes personajes del bajo mundo, a criollos y peninsulares, a los más fuertes representantes de los reinos africanos, a los delegados del gobierno civil y eclesiástico de la metrópoli y a una no muy numerosa pero importante inmigración de judíos portugueses.

Es así como confluyeron allí ideas, cosmovisiones, expresiones de vida y de pensamiento que fueron construyendo el legado cultural de la región.

Esta mirada a la participación de los descendientes de africanos en la creación de la cultura americana, más que concluir, permite abrir nuevos campos de investigación en diversos aspectos; permite, igualmente, estrechar lazos de amistad entre los pueblos, dado que a pesar de las distancias y las dificultades de transporte de la época, pudieron detectarse relaciones culturales, difusión de tradiciones, intercambios económicos y vínculos jurisdiccionales que evidencian la existencia de una comunidad de intereses entre los pobladores del mar Caribe que como en el pasado debería reforzarse en el presente.